

Capítulo 1: Venganza

Había una vez un mundo tejido en el borde mismo del universo, donde la materia se deshacía en hilos de energía y las leyes de la creación apenas sostenían su forma. Allí, en el vacío llamado Uthir, surgió una tierra: una planicie suspendida en el abismo, cuna de todo cuanto aún se atrevía a soñar con existir.

En el corazón de esa tierra, en el reino de Varah, las viejas glorias habían comenzado a resquebrajarse. Las sacerdotisas, divinidades eternas que en otro tiempo guiaron la luz de los hombres, yacían ahora selladas, sacrificadas para contener horrores que ni los siglos lograban olvidar. Sus hijos, los entes, antaño señores de la guerra y la creación, se habían extinguido, pero su legado, su sombra, aún contaminaba cada rincón del mundo.

Durante generaciones, la humanidad prosperó bajo el manto de siete ciudades, gobernadas por sus princesas y la reina suprema. Bajo su mandato, la paz pareció más que un susurro lejano. Sin embargo, toda luz genera su propia oscuridad. Secretos susurrados por los Caít Sidhè, entidades nacidas de los peores sentimientos humanos, corrompieron el trono. Ambición, envidia y miedo a lo desconocido llevaron a la traición: la reina

selló su destino —y el del mundo— cuando sacrificó a los suyos por un poder que no podía comprender.

Fue en este tiempo de ruina y traición que surgió Aiden, el Deiak, el elegido de las sacerdotisas. Su nacimiento había sido celebrado como la promesa de la salvación. Su mirada, destinada a encender los Ojos del Infinito, debía guiar a Varah en la guerra final.

Pero la esperanza es un hilo frágil.

La misión que sellaría su destino comenzó como un deber sagrado: proteger a los suyos, salvar el reino. En cambio, fue una trampa vil.

La reina, temerosa de su creciente poder, lo envió junto a sus amigos más cercanos y a su esposa hacia una muerte segura.

Solo Aiden regresó.

No con la gloria prometida, sino con el corazón deshecho y el alma vacía.

Los Caít Sídhe, pacientes como la muerte misma, aprovecharon el momento de su caída. Le ofrecieron un pacto: su lealtad a cambio de lo imposible. Si les servía, si entregaba la esperanza del reino al vacío, si destruía a la reina y sumía a Varah en el desconsuelo, ellos le devolverían lo que había perdido: la vida de su amada.

Así, la llama del héroe se tornó un incendio oscuro.

Ahora, en los márgenes de la gran capital, Ciudad Cielo, donde la familia real aún ostenta su poder entre torres de cristal y acero blanco, Aiden afila su voluntad como un cuchillo.

Sus ojos, rojos como la sangre, brillando con la sabiduría de infinitas posibilidades, observan el palacio donde comenzó todo.

El héroe elegido por la luz marchaba ahora contra su propio mundo.

Y en su pecho, no quedaba más que la sombra de un amor imposible.

El estruendo rompió el silencio solemne del palacio.

El techo del gran salón de Ciudad Cielo se desplomó como un castillo de arena golpeado por una ola, sepultando a los soldados que allí resguardaban el paso.

Entre la nube de polvo y escombros, una figura solitaria emergió.

Rodeado por un aura roja, vibrante y viva, Aiden avanzaba.

Sus ojos, teñidos de un rojo inhumano, brillaban en la penumbra como brasas al viento. Su sola presencia parecía quebrar el aire, haciéndolo pesado, opresivo.

Su cuerpo, endurecido por años de batallas en mundos

que no eran suyos, parecía ahora impulsado por una sola fuerza: la ira.

Los soldados supervivientes retrocedieron unos pasos antes de formar apresuradamente una nueva línea de defensa.

Los más jóvenes temblaban, los veteranos apretaban las mandíbulas.

Uno de los capitanes, buscando contener el pánico de sus hombres, alzó la voz:

—¡Deiak! ¿¡Por qué atacas a Varah!? ¿¡Qué motivo puede empujarte a la traición!?

Aiden se detuvo, apenas a unos metros.

Sus labios se curvaron en una sonrisa vacía, sin alegría ni furia, solo el eco de un hombre al que ya habían arrebatado todo.

—Nada en especial.

El capitán titubeó, como si esa respuesta le resultase más aterradora que un grito de guerra.

—¡Por la justicia de Varah, es nuestro deber detenerte! —gritó otro soldado, blandiendo su lanza con las dos manos, más para espantar sus propios miedos que para desafiar al invasor.

Justicia.

La palabra se enredó en la mente de Aiden como un anzuelo oxidado.

Y entonces la vio: Ágata, la sonrisa traviesa que alguna vez lo contagió, ahora sustituida por gritos ahogados tras los barrotes de una celda olvidada.

Condenada sin juicio, castigada sin piedad, todo porque ser libre en Varah era un crimen si no llevabas el apellido correcto.

Ágata, que soñaba con un mundo donde el viento pudiera ser su único dueño.

Ágata, que solo quería vivir.

La sangre de Aiden rugió.

Su aura se desbordó en una onda invisible pero brutal, que desgarró el aire a su alrededor. Los soldados más cercanos fueron barridos como hojas secas, estampándose contra columnas y suelos con un estruendo sordo.

Aiden, inmóvil como una estatua antigua, les miró con desprecio.

Su voz rompió el humo con una furia helada:

—¡No tenéis ningún derecho a hablarme de justicia!

Las piedras del palacio temblaron.

Y así, con ese rugido ahogado de dolor, comenzó el principio del fin para Ciudad Cielo.

El humo aún no se había disipado del todo cuando Aiden giró sobre sus pasos y se adentró en los pasillos del palacio.

No mató a nadie.

No hacía falta.

Los soldados que seguían conscientes se arrastraban por el suelo o temblaban en silencio, con la mirada perdida, como si hubiesen visto a un espectro más que a un hombre.

Sus pasos resonaban limpios y seguros sobre el mármol agrietado.

Cada paso, una elección.

Cada respiración, una carga.

Al doblar uno de los corredores, su avance se detuvo por un instante.

Una figura esbelta, de porte sereno y ojos envueltos en melancolía, le aguardaba a mitad del pasillo.

La princesa Kaira, soberana de Ciudad Promesa, vestida con sus ropajes ceremoniales, sin armas, sin guardias, sin miedo.

Aiden no se sorprendió. Tampoco se detuvo.

La reconoció con una simple mirada y siguió caminando, decidido a pasar de largo.

No había rencor en su pecho hacia ella.

No era parte de su venganza.

Pero entonces, su voz lo detuvo.

Suave. Firme. Como la lluvia que precede a una tormenta.

—Ya veo... Así que al final has tomado este camino. A pesar de saber que te dañará.

Aiden no giró el rostro. Su silueta solo se detuvo un segundo más, y con la misma calma con la que la destrucción lo había seguido hasta ese lugar, respondió

—Seguiré este camino hasta el final.

Y siguió andando.

Kaira no dijo nada más.

Lo observó alejarse, sus ropajes ondeando con cada paso, hasta que su figura desapareció tras el umbral del siguiente corredor.

Entonces, se quedó sola.

Solo el leve eco de sus propios pasos rompía el silencio.

Y mientras se alejaba por otro pasillo, una sonrisa apenas visible asomó a sus labios.

Duró solo un instante.

Pero bastó para dejar la duda flotando en el aire.

Las puertas de la sala del trono cedieron con un crujido profundo, como si hubiesen resistido siglos de silencio.

Pero lo que se reveló al otro lado no era la cámara regia del palacio de Ciudad Cielo.

No había columnas.

No había trono.

Ni oro, ni mosaicos sagrados.

Solo un horizonte imposible, una vasta extensión suspendida en un cielo sin fin, donde fragmentos de escalinatas flotaban en el aire y los vestigios de ruinas antiguas danzaban entre nubes teñidas de púrpura y escarlata.

Un espacio mágico. Una dimensión creada con un solo propósito: ser testigo del desenlace.

Aiden frunció el ceño por un instante, pero no necesitaba más explicación. Su percepción se afinó, como un instinto profundamente arraigado.

Tres presencias.

Una era intensa, afilada, como un puñal que apuntaba directo a su pecho.

La segunda, familiar pero apagada, como una llama que ya no quería arder.

Y la tercera... la más densa de todas, se sentía como un veneno extendiéndose por la raíz misma del mundo.

La reina estaba allí.

Y no estaba sola.

Aiden no titubeó.

Flexionó ligeramente las piernas, cerró los puños y su aura se encendió levemente a su alrededor, como si el aire mismo se apartara de su paso.

—Tch. ¿Una ilusión de escape...? No importa.

Y sin pensarlo más, dio un salto hacia el abismo del umbral, cruzando el límite entre la realidad y el dominio tejido por la magia.

Su figura desapareció en un parpadeo.

El aire quedó quieto, como si el palacio contuviera el aliento ante lo que iba a ocurrir.

Aiden aterrizó con fuerza sobre una de las ruinas flotantes, el eco de sus pasos rompiendo el silencio antinatural del espacio. Polvo antiguo se alzó a su alrededor mientras su mirada se alzaba con una mezcla de tensión y certeza.

Frente a él, en el centro de la plataforma desgastada, estaban dos figuras femeninas. Inmóviles. Elegantes, pero vacías.

Sus ojos, apagados.

Sus rostros, inexpresivos.

Uniformes de élite de la Guardia Real adornaban sus cuerpos como si todavía respondieran a un deber sagrado, pero no quedaba alma alguna tras esos ojos.

Y entre ellas... más atrás, coronando la isla mayor como una estatua impía, se alzaba aquello.

Una monstruosidad de carne retorcida, gris y palpitante, con múltiples bocas abiertas en un coro silencioso de gemidos sin sonido. Cuatro brazos

huesudos, armados con garras como cuchillas de obsidiana, se alzaban lentamente a los lados.

Y en lo más alto, como una burla final al mundo que gobernaba, descansaba una corona.

Aiden dio un paso al frente. Sus ojos se entornaron. Su voz, rota por la incredulidad, escapó como un susurro:

—¿Por qué...?

La criatura no se movió. No al principio. Una de sus bocas se curvó en una sonrisa.

Y una voz antigua, conocida, pútrida en arrogancia y verdad, resonó en su mente, como si viniera de todas partes:

—¿Qué por qué...? ¿En serio me estás preguntando por qué? —hubo una pausa. El viento se detuvo. La voz se volvió más fría—. Tú y Aria os estabais volviendo demasiado fuertes. Una amenaza para mi trono, para mi paz, para mi estilo de vida. No fue nada personal. Solo hice lo necesario para mantener lo que es mío.

Las palabras golpearon a Aiden con más fuerza que cualquier espada. Pero esta vez, no necesitaba más.

Sin decir nada más, su aura estalló alrededor de él y se lanzó con furia directa hacia la criatura. Una ráfaga de

energía envolvió su cuerpo como un cometa en descenso.

Pero no llegó.

Dos destellos cruzaron el aire como relámpagos, y Aiden fue violentamente rechazado hacia atrás.

Chocó contra el suelo con un impacto seco. Se deslizó varios metros antes de detenerse, incrédulo.

Frente a él, las dos figuras habían actuado.

Sus espadas todavía extendidas. Sus ojos aún vacíos.

Annya y Claudin.

La reina volvió a hablar, ahora con un tinte de satisfacción:

—Te presento mi mayor creación... las Espadas Oscuras —las bocas sonrieron al unísono—. No pueden ser detenidas. No importa tu fuerza, tu aura, tus regalos. Penetrarán cualquier defensa. Siempre.

Aiden se incorporó, todavía sin comprender del todo. Su mirada oscilaba entre las dos mujeres y la aberración que una vez fue reina.

Su respiración era pesada, pero su convicción no había flaqueado.

—...

Y entonces, lentamente, se puso en pie otra vez.

La criatura de carne habló de nuevo, con esa voz amalgama de varias gargantas que resonaba en el alma más que en el oído.

—Durante un tiempo... pensé que podrías blandir una de ellas —las bocas se curvaron en una sonrisa desfigurada, mientras sus garras se movían lentamente, como si danzaran al compás de su arrogancia—. Cuando supe que habías sobrevivido a mi trampa... mi plan fue usar el gas del ente Dantalion. Una creación preciosa. Aquellos que lo respiran y sobreviven... se ven obligados a obedecer a la mayor autoridad presente —Rió. O algo que se parecía a una risa. Una mezcla húmeda de carne palpitante y huesos crujiendo—. Engañar a unos muertos de hambre para llevarte allí fue ridículamente fácil.

Pero claro... resultaron ser unos inútiles

El aura de Aiden se estremeció. Sus manos temblaron, no de miedo, sino de una furia contenida que comenzaba a liberarse por cada poro.

Sus ojos se clavaron en la abominación con un odio puro y ardiente.

—¡Silencio! —exclamó con voz grave, rasgada, más cercana al rugido de una bestia que a una orden humana.

La criatura se irguió con una indignación tangible, sus múltiples ojos centelleando con desprecio.

—¿Cómo te atreves a darme órdenes...? —con un gesto grotesco de una de sus manos, gritó—. Annya, Claudin...! ¡Acabad con él!

Las dos soldados se movieron al instante. Sus cuerpos eran una sinfonía de precisión y muerte, como marionetas sin alma con un único objetivo.

Aiden apenas tuvo tiempo de cubrirse. Cruzó los brazos en forma de escudo, protegiendo su pecho, su rostro, sus ojos.

El primer impacto lo sacudió como una ola de acero.

El segundo, le hizo retroceder.

El tercero, perforó parte de su aura, cortándole la piel como si su defensa no existiera.

—Da igual lo que intentes... —canturreó la reina desde su trono de abominación—.

Estas espadas pasarán a través de cualquier defensa. Sé

lo que eres. Sé que tu supuesto deber es protegernos. Así que deduzco que no las atacarás...

Aiden aguantó, con sangre resbalando de sus brazos. Pero su mirada ardía. Ya no había duda.

Solo una voluntad afilada como el filo de la verdad.

—Yo sirvo a los Caít Sidhè. Y para demostrar mi lealtad... le arrebataré su reina a Varah.

Y entonces las dos espadas golpearon a la vez.

Un estruendo rompió el aire cuando Aiden fue lanzado como un proyectil. Su cuerpo atravesó fragmentos de piedra flotante hasta estrellarse contra una pared ruínosa de un edificio suspendido. El polvo lo cubrió, pero su silueta seguía visible.

Tendida.

Silenciosa.

Por un instante, todo quedó en calma.

Pero su aura... seguía ardiendo.

La reina soltó una carcajada quebrada, su voz una amalgama gutural de múltiples bocas hablando al unísono.

—¿Los Caít Sidhè? —repitió con sorna—. Fueron ellos quienes me susurraron que si acababa con el ente que portaba la habilidad *Justiciero*, podría hacerme con ella.

Pero, por supuesto... no me dijeron cómo capturarla —Su tono se tornó agrio. Las bocas gimieron y rieron con rabia contenida—. Y así la perdí para siempre... Además... —la criatura se irguió aún más—. Cuando una reina abandona a su gente... se convierte en esto.

Frente a ella, entre el polvo y los escombros, la figura de Aiden volvió a incorporarse.

Lento.

Inquebrantable.

—Voy a mataros— declaró, con una calma absoluta que helaba más que cualquier amenaza.

Una ola de aura brotó de su cuerpo con violencia.

El aire se quebró.

Su transformación fue instantánea, pero impactante.

Los músculos de Aiden se expandieron con una precisión brutal. Su altura aumentó, tensando las costuras de su túnica rota. El cabello, antes oscuro, se tornó rojo encendido, mientras dos mechones blancos

se extendían desde su frente como si marcaran el paso de un relámpago.

Su piel adoptó un tono grisáceo, antinatural. Los colmillos sobresalieron de su mandíbula. Sus manos crecieron, transformándose en garras que irradiaban energía cruda.

Sus ojos, ahora verde esmeralda, contrastaban con la esclerótica negra, una mirada tan pura como monstruosa.

La reina retrocedió instintivamente, sus ojos múltiples parpadeando con un desconcierto que no podía disimular.

—Qué extraño... Esa no es la forma con la que luchaste en Ciudad Cielo...

Aiden no respondió.

En su lugar, un grito de furia desgarró el espacio. Un rugido que no provenía solo de su garganta, sino de cada parte de su cuerpo, alma y recuerdo.

El espacio mágico tembló. Las ruinas flotantes vibraron, y un torrente de aura estalló desde su núcleo.

El viento empujado por su presencia fue tan brutal que Annya y Claudin fueron lanzadas varios metros

atrás, obligadas a anclar sus espadas en la piedra para no salir despedidas al vacío.

En ese instante, todos supieron algo con certeza.

La verdadera batalla... acababa de comenzar.

Sin un instante de duda, Aiden se lanzó hacia Annya y Claudin.

Su silueta fue un borrón de músculos, garras y furia.

Con un solo golpe directo, ambas fueron elevadas como muñecas de trapo, surcando el aire con violencia.

Aiden saltó tras ellas, con un movimiento tan veloz que rompió el aire a su paso.

Las atrapó por los tobillos en pleno vuelo, girando su cuerpo como una peonza de acero desatado, y con una fuerza demoledora, las estrelló contra el suelo con el peso de un dios furioso.

El impacto hizo temblar toda la isla flotante. Rocas se resquebrajaron.

Un cráter se abrió bajo ellas.

Sin permitirles un segundo de respiro, Aiden giró sobre sus talones y con un rugido gutural, las lanzó con un giro hacia una de las ruinas que se alzaban al borde

del abismo. El impacto contra la pared fue tan brutal que el muro se partió en varias direcciones, y una nube de polvo lo cubrió todo.

La reina los observaba, inmóvil por un instante.

Sus bocas murmuraban incoherencias, pero en su mente resonaba un único pensamiento:

«No puedo creerlo... ¿De verdad va a matarlas?»

Las brasas del aura de Aiden ardían aún más. Extendió su brazo derecho, y el anillo de fuego que portaba empezó a girar con violencia en su dedo, como si se alimentara de su ira.

Dos enormes bolas de fuego se formaron a sus lados, creciendo como soles comprimidos, y sin piedad, las lanzó hacia las soldados caídas.

El estruendo de las explosiones cubrió el campo con humo, calor y llamas.

A través del infierno creado, Aiden comenzó a caminar.

Sus pasos eran pesados. Sus músculos tensos como rocas, su mirada fija, su silueta monstruosa avanzando con la serenidad de un ejecutor.

La reina tragó saliva, o lo habría hecho, si tuviera garganta. La voz brotó de su carne como un silbido venenoso.

—Esas dos eran soldados de élite, ¿sabes? Creían en un Varah mejor. Querían luchar por él ...por eso se me hizo tan fácil controlarlas.

Aiden no se detuvo. El fuego en su espalda ardía, sus colmillos se mostraban entre sus labios y su aura vibraba con una intención clara: aniquilación.

El monstruo coronado dio un paso más al frente, y habló con una voz casi dulce:

—Juntos podríamos cambiar el mundo. Sírreme... y podremos crear un mundo perfecto... para mí.

Aiden ni siquiera la miró. Su voz fue un eco grave, roto, definitivo:

—No tengo la menor intención de ayudarte.

La reina se crispó. Las bocas gritaron a la vez.

—¡Annya, Claudin! ¡Atacad con todo! ¡No me importa si morís, pero lleváoslo con vosotras!

Del polvo y el fuego, las dos soldados emergieron como sombras deformadas, su armadura mellada, la mirada vacía... pero aún en pie.

Sus espadas oscuras relucieron al ser alzadas una vez más.

Y con un rugido inhumano, ambas se lanzaron a matar.

Aiden no se movió.

Annya y Claudin se lanzaron al ataque como bestias heridas, el filo de sus espadas oscuras zumbando con una velocidad y precisión antinatural.

A pesar de sus heridas, su furia parecía inagotable.

Aiden no se movió.

A los ojos de la reina, las espadas simplemente no lo alcanzaban.

Los golpes pasaban a través de su silueta como si fueran sombras, y por un momento pensó que estaba viendo una ilusión.

Pero pronto lo entendió.

Su vista se agudizó, y entonces lo vio:

Aiden no estaba bloqueando.

Estaba desviando cada golpe, con una velocidad tan inhumana que sus movimientos eran casi invisibles. Sus dedos, sus muñecas, incluso su aura, parecían anticiparse a los ataques antes de que ocurrieran, modificando sutilmente el ángulo de cada estocada.

Las dos guerreras apenas tenían tiempo de reaccionar... hasta que cometieron un error. Un descuido. Un instante de desequilibrio.

Aiden lo aprovechó.

Con un rugido grave y contenido, se lanzó hacia adelante.

Su puño impactó el estómago de ambas al mismo tiempo con una fuerza devastadora. El aire escapó de sus bocas.

Antes de que cayeran al suelo, una lluvia de golpes ultra precisos se desató sobre sus torsos, articulaciones y nervios vitales.

Cada impacto era quirúrgico, exacto, imparable.

Ambas cayeron inconscientes como marionetas rotas.

El silencio se impuso.

Solo se oía el fuego ardiendo a lo lejos... y el lento respirar de Aiden.

La reina lo observaba con una mezcla de horror y fascinación.

—No puedo creer que las atacases con tanta furia... sabiendo que no eran conscientes de sus actos... ¿Será que tú tampoco estás consciente?

Aiden se giró lentamente.

Su cuerpo imponente contrastaba con la calma de su voz.

Miró por encima del hombro, la expresión tallada en piedra, pero los ojos... ardían con furia controlada.

—Mi ira está en completo control. Tras todo lo que he pasado, no podría perder el control... no en esta etapa.

La reina frunció el ceño, pero no retrocedió.

—Sabía que tu poder era una amenaza. ¿Qué harás ahora? ¿Acabar conmigo y destruir todo lo que me pertenece?

Aiden avanzó con paso firme. Cada paso resonaba como un tambor de guerra.

Sus puños se cerraron con furia, sus colmillos se entreveían bajo la tensión de su mandíbula.

—Yo iba a utilizar mi poder para salvar Varah. Iba a traer la paz que Maya... que todos querían. Pero tuviste que entrometerte...

Las bocas de la reina se contorsionaron en una expresión grotesca.

—¿Acaso no lo entiendes? Solo me aseguro de que la gente me alabe a mí... y solo a mí. De ninguna manera voy a permitir que un extraño venga de ninguna parte y se lleve toda la atención que merezco.

Aiden desvió la mirada. No por debilidad, sino por asco.

Su voz salió como un juicio final:

—No tiene sentido hablar contigo. No sientes el más mínimo remordimiento por tus actos.

La reina agitó uno de sus brazos, indiferente.

—Estoy dispuesta a sacrificar las vidas que hagan falta para mantener mi estilo de vida. ¿Es eso tan malo? —esas palabras fueron demasiado. Aiden volvió a mirarla, sus ojos irradiando un desprecio puro—. La vida es como un juego de ajedrez, ¿no lo entiendes? Tienes que saber mover a tus peones para ganar.

El aura de Aiden estalló con un pulso sordo, como un trueno contenido.

—Entonces... juguemos un poco. ¡Veamos quién llega más rápido al infierno!

Aiden lanzó un grito desgarrador, su voz reverberando por todo el espacio como un trueno hecho de rabia y determinación.

Su cuerpo se alzó, sus músculos se tensaron, y el aura roja estalló como un volcán.

Una ola de energía escarlata barrió el campo, haciendo que las ruinas flotantes se estremecieran como hojas al viento.

El aire se volvió denso. Irrespirable. Como si la atmósfera misma reconociera que algo colosal estaba a punto de suceder.

En su mente, Aiden pensaba:

«Maya, Aria, Iris, Darren... Mataré a la reina y me ganaré el odio de todos... pero esto es lo que elijo. Seguiré este camino hasta el final...»

La reina no retrocedió.
Ni siquiera pestañeó.

Una de sus bocas se curvó en una sonrisa torcida,

mientras sus ojos desprovistos de cordura chispeaban con ansias.

«Me he preparado para este momento... Y no pienso perder.»

Aiden se lanzó.

Una explosión de fuerza lo impulsó hacia la reina como un cometa. Su puño, cubierto de aura, brillaba con todo el poder acumulado de su ira contenida.

Pero en el instante en que su puño rozó su piel, un dolor indescriptible lo atravesó.

¡SLASH!

Profundas heridas se abrieron en su cuerpo, como si mil cuchillas lo hubieran desgarrado desde dentro.

La sangre voló en todas direcciones.

Su cuerpo salió disparado como un muñeco roto, estrellándose contra una de las islas flotantes más alejadas. La roca crujió y se partió bajo el impacto.

La reina soltó una carcajada, una mezcla de burla y goce perversa que brotó de varias bocas a la vez.

—Puede que yo no tenga una habilidad... pero eso no me impidió imitar una. Me he recubierto con un hechizo de counter, aunque he de admitir que tiene sus fallas.

Necesito activarlo... Y en teoría, lo único que podría herirme sería mi propia mano.

Aiden intentó moverse.

Dolor. Un dolor punzante que no desaparecía como antes.

Había sufrido heridas similares muchas veces. En su forma de ira, su regeneración solía actuar de inmediato, cerrando cortes, reconstruyendo huesos.

Pero esta vez... no ocurría.

Se quedó jadeando en el suelo, sintiendo cómo su cuerpo no respondía como debía.

Entonces, una memoria se encendió como un susurro en la oscuridad:

En cuanto al aura de la ira... —hizo una breve pausa, su tono se volvió más afilado—.

Para recuperarla al menos a la mitad, tendrías que matarme. Después de todo, no puedes asesinar a mi hermana, ¿cierto?

La voz de Rakku.
Su último legado.

Aiden apretó los dientes, su mente recomponiendo el rompecabezas.

—Mi habilidad de regeneración... aún está bloqueada por la mitad del sello de Elea.

Se incorporó lentamente, tambaleante pero firme, su cuerpo sangrando, su respiración pesada, pero su mirada seguía tan afilada como una cuchilla recién forjada.

La reina, al ver a Aiden sangrando y arrodillado, alzó los brazos como si estuviera ante un escenario.

—Contempla, Deiak... Este es mi espacio mágico. Mi dimensión de bolsillo.

Te encerraré aquí para siempre.

Con una arrogante seguridad, dio un salto grácil y aterrizó a pocos pasos de Aiden, su masa monstruosa tambaleándose con un temblor viscoso.

—Pero antes... —extendió lentamente sus garras deformes hacia él, con deleite—. Voy a llevarme la espada y los anillos. Yo... yo gané... yo siempre gano...

La oscuridad parecía cerrarse a su alrededor, su victoria parecía inevitable...

¡CRASH!

Un destello cortante cruzó el aire.

SPLURCH.

Las manos de la reina cayeron al suelo, cortadas con una precisión brutal.

Un instante de completo silencio llenó el espacio.

La reina alzó su rostro, boquiabierta, y por primera vez el pánico cruzó su expresión.

Frente a ella, con las espadas envueltas en un leve resplandor oscuro, Annya y Claudin.

Aún de pie. Aún respirando. Libres.

—¡Desgraciado! —chilló la reina, dando un paso atrás con furia desbordante— ¿Cómo te atreves a usar tu autoridad para controlarlas?

Ambas caballerías cruzaron sus espadas con firmeza, protegiendo a Aiden.

Él se levantó por fin, lentamente pero con imponente determinación.

Su voz retumbó, profunda y calmada:

—Te equivocas. El peso de mis puños es capaz de disipar ese gas. Les he dado la oportunidad de actuar por su cuenta.

Las palabras fueron como una sentencia.

La reina tembló. Por primera vez desde que comenzó la batalla, el miedo la invadía por completo.

Annya y Claudin se giraron hacia Aiden, jadeando. Sus cuerpos temblaban por el esfuerzo, las heridas y la liberación de la manipulación.

—Gracias por liberarnos... —murmuró Claudin con una débil sonrisa.

Las dos perdieron el equilibrio al mismo tiempo.

Aiden dio un paso adelante y las atrapó con firmeza, sin dejar que tocaran el suelo.

El aura que lo envolvía disminuyó levemente, como si en ese momento les prestara todo su cuidado.

Annya alzó la mirada una última vez, con voz ronca y casi sin fuerza:

—Por favor... toma las espadas... y acaba con ella...

Aiden bajó la cabeza. Cerró los ojos por un segundo.

Luego, su mirada se tornó en una tormenta esmeralda, furiosa y decidida.

El juicio se avecinaba.

Aiden tomó las espadas oscuras, aún cubiertas de la sangre de la traición, y se giró lentamente hacia la reina. Su voz fue un susurro grave, pero cada palabra cortó como un filo:

—Despídete.

La reina abrió los ojos de par en par, su gesto cambió del desprecio al pánico.

—No... no, no, NO... ¡NO VOY A PERMITIR QUE ESTO ACABE ASÍ! —de pronto, se lanzó al abismo. Extendió sus extremidades mutadas, haciendo vibrar toda la dimensión mágica como si fuera un cascarón a punto de romperse—. ¡SI HE DE MORIR, OS LLEVARÉ CONMIGO! ¡DESTRUIRÉ MI DIMENSIÓN Y ACABARÉ CON TODOS! —Mientras caía, su boca más grande se curvó en una sonrisa sádica— ¡YO SERÉ RECORDADA POR TODOS LOS TIEMPOS! ¡TÚ EN CAMBIO... TÚ SERÁS ODIADO! TE RECORDARÁN COMO EL QUE LES ARREBATÓ LA ESPERANZA. EL QUE MATÓ A SU REINA.

Aiden avanzó hasta el borde del abismo. Las espadas oscuras en ambas manos. Su aura temblaba, roja como la sangre y abrasadora como el fuego.

—Tú solo eres una falsa esperanza. Aunque me odien... se recuperarán. Los habitantes de Varah poseen alas mucho más grandes que las mías.

Y sin más, se lanzó.

El cuerpo de Aiden cayó como un cometa de destrucción, y con cada movimiento, una tormenta de cortes desgarró la carne monstruosa de la reina.

¡SLASH! ¡SLASH! ¡SLASH!

Trozos de carne putrefacta saltaban por el aire como cenizas de una hoguera infernal.

Su furia era tan precisa como despiadada. Pero con un crack seco, ambas espadas oscuras se quebraron por la mitad.

¡SHINK!

Un nuevo corte apareció en el pecho de Aiden.

—Tch... —gruñó, retrocediendo, el hechizo de *counter* seguía activo.

La reina, destrozada, sin manos, casi irreconocible, jadeaba mientras buscaba algo con desesperación.

—Yo... yo podré reencarnar... —rió con un hilo de voz, más delirio que amenaza— Tú en cambio... morirás aquí. Nadie aceptará el título de Deiak. No podrás cederlo... a NADIE.

Ambos caían. Abajo, el núcleo ardiente de la dimensión, una estrella de energía pura los esperaba.

Aiden lo entendió en un instante.

«Va a hacer *counter* en el núcleo... Esa explosión... no me daría tiempo a escapar.»

Y entonces... ocurrió lo imposible. Un milagro.

No fue luz.

No fue magia.

Fue algo mucho más profundo.

Algo despertó dentro de él.

Como si su alma respondiera al grito silente del mundo.

Como si una fuerza, su fuerza, se negara a caer aquí.

Una voz, cálida y firme, surgió del núcleo mismo de su ser.

«Blande a Dyrnwyn como siempre lo has hecho...»

No era un recuerdo.
No era un mensaje.
Era esperanza.

Sus ojos se abrieron con fuerza.
Sus manos volaron a su espalda.

SHRAK

Desenvainó la espada.

Y en ese instante, supo que no era la misma Dyrnwyn.

Su filo irradiaba una luz ancestral, pura, feroz.
Una extensión de su voluntad.
Una prueba viviente de su determinación.

La espada había cambiado.
Había evolucionado.

Estaba tan unida a su portador...
que había evolucionado con él.

Dyrnwyn presentó una hoja ancha y robusta, con un filo irregular que se curvaba ligeramente hacia la punta.
El centro de la hoja brillaba como un rubí líquido, un cristal rojo profundo y translúcido surcado por vetas vivas que palpitaban con cada movimiento.

Sus bordes estaban forjados en un metal negro mate, decorado con grabados plateados que se enroscaban como raíces encantadas, vivas, vibrantes.

El mango era simple, pero majestuoso.

Recubierto de cuero oscuro, rematado por una guarda amplia con curvas agresivas.

Dos protuberancias, como cuernos de una bestia antigua, se proyectaban hacia atrás.

Una protección curva envolvía parte de la mano, tallada con símbolos plateados.

Y en el pomo, una gema multicolor destellaba con tonos iridiscentes, como si contuviera todas las emociones del viaje de Aiden.

La reina, al ver aquella espada, tembló.

—¿Por qué...? —balbuceó, retrocediendo—. ¿¿Por qué no solo te das por vencido!?

Aiden no respondió.

La mirada esmeralda, encendida por la furia, lo decía todo.

Con un rugido final, se lanzó hacia ella.
Un estallido de energía lo envolvió.

Una ráfaga de cortes lo cubrió todo.

El aire ardió.
El núcleo de la dimensión retumbó.

Y entonces...

Desde el exterior del castillo, el día había llegado.

De pronto, una explosión titánica emergió del corazón del palacio, justo donde se encontraba la sala del trono.

El cielo se rasgó con un destello rojo y blanco.
Una onda expansiva hizo temblar las torres.

Cientos de soldados corrieron alarmados hacia el epicentro, mientras la princesa Kaira observaba el horizonte en silencio, desde el balcón de una torre secundaria.

—¡Princesa! —gritó un caballero—. ¿Está usted bien?

Kaira se giró con serenidad.
Sus ojos brillaban con una emoción indescifrable.

—Dad el aviso a todas las princesas... —dijo, comenzando a caminar con paso lento y seguro—. Aiden Astross ha matado a la reina.

Lejos de allí, en el bosque cercano a Ciudad Cielo...

El cuerpo de Aiden cayó con fuerza, resguardando entre sus brazos a Annya y Claudin, inconscientes pero vivas.

El suelo de hierba amortiguó la caída.

Con cuidado, las dejó reposar bajo un árbol.

Aiden respiró hondo, aún con el calor de la batalla palpitando en sus venas.

Su cuerpo estaba cubierto de heridas.

Pero su mirada... seguía tan firme como el filo de Dyrnwyn.

Se incorporó lentamente.

Miro hacia el cielo rojizo que anunciaba un nuevo día.

Y entonces murmuró:

—Es hora... de ir con los Caít Sidhè.